

44.- Aves del Urola (Guipúzcoa)

Buzten-ikerak.—Los Aguzanieves (Lavanderas)

Sentado a la mesa cubierta de blanco mantel, espera el viejo Matxin la frugal comida diaria, que acostumbraba servirla su buena "neskame" Joxepa, cuando desde los amplios ventanales abiertos de par en par sobre el Urola escuchó los angustiados gorjeos de una pareja de lavanderas. Asomóse a la ventana y vió una escena hartas veces repetida... Dos mocosuelos subidos el uno sobre los hombros del otro, arrancaban de una abertura del desagüe de uno de los muros del río, un nido con sus pajaritos que una pareja de motacillas criaba con cariñoso celo.

No pudiendo retener su enojo, gñtales Matxin: ¡Eh, muchachos, dejad en paz ese nido! Pero aquéllos, junto con otros que los animaban a hacer estas fechorías, desaparecieron como una bandada de estorninos, enfilando una de las callejuelas que dan acceso al río, llevándose su codiciado botín.

A media tarde, sentado Matxin en el pretil del río contemplaba los nerviosos movimientos de la infortunada pareja de lavanderas que registraban minuciosamente las numerosas oquedades del muro buscando inútilmente sus perdidos hijuelos. Al tiempo que lamentaba esta pequeña tragedia, recordaba Matxin las veces que él mismo en su juventud había provocado esta misma desgracia en su afán de destruir los nidos que encontraba; y aún sintió remordimientos por la diabólica alegría que sentía cuando de una certera pedrada hacía saltar los huevos o los pajaritos de los nidos que su ojo avizor le denunciaba.

Estaba entregado a estos pensamientos cuando la voz conocida de su amigo don Javier, maestro de la escuela del pueblo, le saludó preguntándole:

—¿Llevas tabaco, Matxin?

—Tori... —le contestó extendiéndole la petaca.

—¿Qué... Espiabas a algún pajarito?

—Me entretenía con esa pareja de lavanderas.

—¿Les ocurre algo?

—Hace un par de horas... esa pandilla de pillos —y te figuras a quienes me refiero— les han destrozado el nido.

—¡Ya me las pagarán! —respondió don Javier, algún tanto enojado; y con acento de lástima le pregunto a Matxin: ¡Pobres pajaritos! ¿Son lavanderas blanca común?

—No lo sé; porque lo mismo podrían ser lavandera blanca en-

lutada; como no tienen distinción alguna en su voz, su identificación se hace difícil a distancia.

—¡Oye Matxin! A veces entre estos pájaros, veo otras lavanderas de cabeza blanquecina sin esa especie de casquete negro que llevan éstas, y la mancha negra que llevan en el pecho tampoco resalta tanto en ellas. ¿Que nombre tienen estos pajaritos?

—Son lavanderas cascadeña, pero aquí les llamamos “buzten ikera”—“Buru txuriak“, repuso Matxin. Lavandera cascadeña (Motacilla cinerea, Tunstall).

—¿Les gusta andar en los muros de las riberas?...

—En nuestro valle, pocas veces colocan su nido entre la yedra de los muros, porque generalmente eligen la concavidad de algunas tejas en los altos aleros de alguna solitaria casona, cerca del río.

—¡Vaya! ¡Saben evitar riesgo! —añadió don Javier.

—No te creas. Aun en esas alturas corren sus peligros: muchas veces son víctimas de los muchos gatos que frecuentan esos tejados...

—¿Cómo se arreglan para hacer sus nidos, Matxin?

—Sus nidos. son algo disformes y grandotes: sus materiales, musgo e hierbas secas mal enlazadas, que acolchan con lanas y plumas. Su puesta, dos o tres veces al año, es de cinco o seis huevos de color blanco con manchas verdosas. Crian la pollada con toda clase de insectos. Cuando en nuestros caseríos llevan a pacer a su ganado, allá van presurosos estos pájaros a nutrirse de las moscas que revolotean sobre el ganado. Mansamente siguen al “nekazari” que ara la tierra, saltando en pos de la yunta, caminando a lo largo del surco abierto donde recogen toda clase de larvas y huevos de insectos.

En el otoño, las diversas subespecies de estas motacillas se reúnen en grandes grupos y se dirigen, rumbo al sur, para retornar en la primera quincena de marzo; son muy pocas las que invernan aquí.

Martín ICIAR

45.- “Otso-putza” gigantesco de Urbasa

En esta fotografía aparecen varios ejemplares de “Otso-putza” observados en la Sierra de Urbasa a 15 minutos de la Casa de los